

y tenga en cuenta que es el dominio de los flujos, y no de la infraestructura, lo que abre el camino a la independencia. Los Estados y las ideologías quiebran o pasan; no así las estructuras, que determinan por decenios un desarrollo viciado.

Como monografías y ejemplos concretos, al final del texto aparecen dos casos típicos: el planteamiento estratégico para el desarrollo de Tarragona y el análisis de problemas de la provincia de Alicante. ■ P. COSTA MORATA.

La comarca de la vega baja del Segura

La presentación en Orihuela del estudio socioeconómico que sobre ella ha realizado el equipo de investigadores formado por Cabrera Ferrández, Martínez Marín, Sempere Flores, Serrano Segovia y Zapata Nicolás ha suscitado viva polémica en la prensa levantina, que se agudiza el paso de los pocos días transcurridos desde la puesta en venta de este libro, auspiciado universitariamente —dada su honestidad científica— y complementado por multitud de mapas y fichas climáticas e hidrológicas y enriquecido con los índices completos del comercio, servicios y producciones agrarias de cada uno de los veinticinco municipios que integran dicha comarca natural, de peculiaridades tan acusadas que la dotan de fisonomía propia y distinta de las del resto de la provincia de Alicante y de la región a que pueda estar adscrita.

Antaño se había editado ya algún trabajo sobre ella, pero su falta de profundidad y de oportunidad lo relegó a ocupar el hueco olvidado de bibliotecas oficialísticas.

Este en cambio, por su formato, objetividad y estudio exhaustivo, pero especialmente por haber aparecido en plena ebullición autonomista, tal y como esperábamos y adelantamos en las páginas de esta revista (número 764), ha constituido el inicio de la promoción comarcalista que contempla, lo que era urgente, ante el problema que para sus comarcas supone la descentralización del resto del territorio nacional.

Para nosotros significa, además, la denuncia del error de procedimiento en que se está incurriendo, al querer estructurar el Estado de arriba a abajo, por el reconocimiento urgente y preautonómico de regiones prefabricadas, resultando sorprendente que esto se haga en nombre de ideologías cuya médula

es la base popular y el principio de autodeterminación, los cuales exigen que, en vez de "comenzar la casa por el tejado", se institucionalicen las comarcas naturales —que son los inexcusables sumandos de esa suma llamada región— para que ellas, democráticamente, decidan libremente a qué región deben pertenecer. Por que los argumentos historicistas, es decir, hechos de armas o arreglos familiares, no pueden a la hora presente ser aptos para ese discernimiento, en general y menos todavía para comarca como la que es objeto de este comentario, verdadera bisagra histórica entre los hace siglos desaparecidos reinos de Castilla y Aragón.

De seguir el camino emprendido —que equivale al absurdo que supondría designar primero y digitalmente a los "parlamentarios" para que después éstos eligieran a sus "electores"— nos impediría —como ha escrito Tamames— "evitar que los actuales problemas del centralismo a nivel nacional se trasladen a un centralismo de carácter regional" y nos llevaría a sustituir un centralismo por otro que tendría los inconvenientes populares del sustituido. ■ T. I. G.

"Mundo de hombre, conciencia de mujer"

"Cuando estoy sola no soy nada. Sólo sé que existo porque soy necesaria para alguien que es real: mi marido y mis hijos". Son palabras de una feminista británica que expresan con dramática claridad ese sentimiento de alienación absoluta, de enorme vacío interior que entraña la condición material de mujer.

Privada del libre uso de su cuerpo, desposeída incluso del lenguaje, obligada a ver el mundo exclusivamente a través de los ojos de su opresor, inmersa en un sistema de valores y de normas creados por el hombre a su propia imagen y semejanza, es natural que la mujer se experimente a sí misma como un no-ser, que dude incluso de su propia realidad como alguien que hubiera perdido su sombra.

De esa frustración, personal e intransferible, de ser mujer en un mundo de hombre, la literatura feminista contiene testimonios más que abundantes. Pocos libros, sin embargo, tan lúcidos y esclarecedores de eso que se ha dado en llamar "condición femenina" como el de la británica Sheila Rowbotham, "Mundo de hombre, conciencia

de mujer" (1). Libro que, hundiéndose sus raíces en la experiencia vital e intelectual de la autora, aborda el tema de la emancipación de la mujer con una serenidad de planteamientos que contrasta con la demagogia pseudorrevolucionaria de muchas feministas, mucho más atentas a producir "best-sellers" que a buscar alternativas viables a la situación actual de opresión.

Para Sheila Rowbotham, la explotación a que está sometida la mujer es cualitativamente distinta de la racial o la de clase, aunque de hecho las tres se entrecruzan. Así, la raza oprimida conserva al menos en su memoria colectiva el recuerdo de otras alternativas culturales que tuvieron aplicación alguna vez a lo largo de su historia, mientras que la mujer, si mira hacia atrás, sólo encontrará mitos —matriarcado, amazonas— elaborados por los hombres.

La opresión del proletario tampoco puede asimilarse sin

se considera trabajo real, pues no sirve directamente a la producción de mercancías—, y trabajo masculino en la industria, la propia evolución del sistema y una serie de fenómenos relacionados con la reducción del tamaño y de las funciones de la familia, han posibilitado la integración de la mujer en el mercado capitalista del trabajo, aunque siempre de modo subordinado a su papel en el hogar.

Ahora bien, la contradicción entre esos dos mundos, la familia y la industria, lo privado y lo público, representa —como señala acertadamente Rowbotham— la fisura en la conciencia de la mujer a través de la cual surge la rebelión.

La ambigüedad misma de la posición de la mujer, que aun cuando trabaja en la industria, sigue estrechamente vinculada al ámbito familiar, donde los valores de uso no han sido totalmente sustituidos por los de cambio como en el sistema de producción de mercancías, lleva



más a la de la mujer, por cuanto aquél puede imaginarse perfectamente una sociedad sin capitalistas, mientras que la mujer no puede lógicamente deshacerse del hombre, ya que ambos son dos términos mutuamente necesarios de una sola totalidad: "La diferencia sexual nos liga estrechamente a nuestros opresores, y a la vez, nos diferencia irrevocablemente de ellos".

De ahí que en su combate político, aun partiendo de la especificidad de su experiencia interior y sin renunciar a ella, sino más bien afirmándola, la mujer deba marchar en todo momento junto al hombre, codo con codo.

Si el capitalismo selló la separación entre trabajo "femenino", propio del hogar —y que, aunque socialmente necesario, no

a veces a actitudes, que, tachadas de demasiado precipitadamente de "reaccionarias", pueden encerrar, por el contrario, un fuerte contenido progresista.

Así, la resistencia demostrada en algunos casos por las mujeres a unirse a los hombres en reivindicaciones estrictamente económicas, salariales, puede ocultar el hecho de que aquéllas valoran más positivamente y estarían dispuestas a apoyar otro tipo de cambios, cualitativos: mejoras en las condiciones de trabajo, humanización de las relaciones dentro de la empresa, etcétera.

La distinta actitud de la mujer frente al sistema de producción de mercancías, su negativa a considerar normal lo que, desde su particular experiencia y su ambivalente posición en el mercado de trabajo, ve como aberrante, lejos de constituir una rémora, puede ser, por el contrario, un factor tremendamente enriquecedor de la lucha común. ■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Traducción de Ana Magraner. Editorial Debate y Fernando Torres, editor. Colección: Tribuna Feminista, dirigida por Jimensa Alonso y Fini Rubio.